

Otro cuento de Emilia Pardo Bazán recuperado de una revista argentina: “*Fatum*” (1912)

Another Story by Emilia Pardo Bazán Rescued from an Argentine Magazine: “*Fatum*” (1912)

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN

Universidade de Santiago de Compostela. Facultade de Filoloxía. Avda. Castela, s/n. 15882 Santiago de Compostela (España).

Dirección de correo electrónico: josemanuel.gonzalez.herran@usc.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9049-2296>

Recibido: 21-4-2020. Aceptado: 24-5-2020.

Cómo citar: González Herrán, José Manuel, “Otro cuento de Emilia Pardo Bazán recuperado de una revista argentina: “*Fatum*” (1912)”, *Castilla. Estudios de Literatura* 11 (2020): 575-590.

Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.575-590>

Resumen: La revista argentina *La Semana Universal* publicó el 14 de marzo de 1912 un cuento de Emilia Pardo Bazán, “*Fatum*”, del que hasta ahora no había noticia y cuyo asunto aludía a la posibilidad de un nuevo levantamiento en el Rif, a raíz del desembarco de Larache, en junio de 1911. Además de recoger su texto, esta nota plantea por qué ese texto no apareció en la prensa periódica española y su autora tampoco lo rescató en ninguna de sus colecciones de cuentos.

Palabras clave: Emilia Pardo Bazán; cuento; Guerra del Rif.

Abstract: The Argentine magazine *La Semana Universal* published on March 14, 1912 a story by Emilia Pardo Bazán, “*Fatum*”, of which until now there was no news and whose subject alluded to the possibility of a new uprising in the Rif, following the landing de Larache, in June 1911. In addition to collecting its text, this note raises why that text did not appear in the Spanish periodic press and its author did not rescue it in any of its collections of short stories.

Keywords: Emilia Pardo Bazán; short story; War of the Rif.

Hace ahora diez años rescaté once cuentos de Emilia Pardo Bazán olvidados en la revista *Caras y Caretas*, de Buenos Aires (González Herrán, 2010). Posteriormente, reuní aquellos relatos, con otros treinta y cinco procedentes de la prensa periódica argentina, en el volumen *El vidrio roto. Cuentos para las Américas. Argentina* (González Herrán, 2014). Aunque entonces no lo declarase expresamente, estaba convencido de que

nuevas y más minuciosas búsquedas permitirían encontrar algún otro relato de esa misma categoría: “olvidados y pendientes de rescate”. La veleidosa fortuna, personificada en esta ocasión en la oportuna curiosidad de un buen amigo, me permite recuperar aquí el titulado “*Fatum*”, del que, hasta ahora, no teníamos noticia. Tampoco parece, tras una cuidadosa lectura, que sea reelaboración o versión modificada —con título diferente— de otro cuento suyo: algo que, como sabemos quienes estamos familiarizados con su narrativa breve, no es insólito en la autora.

No solo para agradecer la ayuda de quien encontró el cuento y, sabedor de mi dedicación pardobazanista, me informó del hallazgo, sino porque importan las circunstancias de tal descubrimiento, quiero explicarlo aquí: Balbino Viña Carregal, amigo mío desde los años estudiantiles compostelanos, y que en su residencia madrileña lo es también del pintor y escritor Enrique Cavestany Pardo-Valcarce, tuvo ocasión de consultar en casa de este algunos ejemplares antiguos de la revista bonaerense *La Semana Universal*, que había dirigido su abuelo Juan Antonio Cavestany y González Nandín (1861-1924), político y escritor sevillano, diputado y senador en diversas legislaturas entre 1891-1914, miembro de la RAE desde 1902;¹ la publicación, bellamente ilustrada, tenía al pintor Inocencio Medina Vera como director artístico.²

¹ Cfr. la síntesis biográfica de Ribelot Cortés en el Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia [<http://dbe.rah.es/biografias/11864/juan-antonio-cavestany-y-gonzalez-nandin>]; en la página web de la RAE se puede leer su discurso de ingreso, sobre *La copla popular*: https://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_de_ingreso_Antonio_Cavestany.pdf. Nuestro personaje aparece mencionado en la escena VII de *Luces de bohemia*, cuando Don Filiberto, discutiendo de literatura española actual con los jóvenes modernistas, supone que para ellos, Cavestany, “el gran poeta”, es un “coplero”, a lo que replica Dorio de Gádex: “profesor de guitarra por cifra”. Alonso Zamora Vicente, tanto en la nota 186 de su edición de *Luces de bohemia* (Valle-Inclán, 1970: 107), como en su Discurso de Ingreso en la RAE, *Asedio a “Luces de bohemia” primer esperpento de Ramón de Valle-Inclán* (1967), ampliado en su libro *La realidad esperpéntica (Aproximación a “Luces de bohemia”)* (1969: 113-117), ofrece varios testimonios del escaso aprecio que los escritos de Cavestany le merecían a algunos de sus contemporáneos (Clarín, Pérez de Ayala, la revista *Gedeón*...). Más recientemente, Rubio Jiménez (2006: 163-164) recoge y amplía con nuevos datos aquellas noticias.

² “No sabemos si influenciado por Vicente Medina o por sus deseos de conocer otros mundos y triunfar, lo cierto es que el pintor accede en 1911 a la invitación del poeta sevillano Juan Antonio Cavestany para asumir durante un año la dirección artística de la revista *La Semana Universal*; publicación auspiciada por el Círculo Español de Buenos Aires, contó con la colaboración de destacados escritores argentinos y españoles allí emigrados, compitiendo a su vez con las más importantes revistas de aquel país” (Palazón Ferrer, 2000, VII).

En los ejemplares que conserva Enrique Cavestany, correspondientes al primer año de la revista (ignoro si esta duró más), han aparecido dos cuentos de Pardo Bazán: en el número 6 (8 de febrero de 1912), el titulado “La pasarela”, que la autora recogería en las páginas 217-222 de sus *Cuentos trágicos*, volumen XLI de sus *Obras completas*, aparecido en ese mismo año; y en el número 11 (14 de marzo de 1912), el que ahora nos ocupa, de cuya aparición en otra publicación periódica no hay noticia, ni tampoco fue recogido por aquella en ninguno de sus libros.

En cuanto a las razones que explican la presencia de doña Emilia en las páginas de *La Semana Universal* en 1912, es sabido que la escritora coruñesa era bien conocida para los lectores argentinos, al menos desde 1879, hasta su fallecimiento en 1921 (González Herrán, 2013). Hay colaboraciones suyas en el diario *La Nación*, de Buenos Aires: esporádicamente, entre 1879 y 1903; asiduamente, desde 1909; además de crónicas y artículos (más de 280) de variada temática,³ publicó once cuentos entre 1910 y 1921. En la citada *Caras y Caretas*, veinticinco; y algunos otros en *El Correo Español* (1893), *Aires d’a miña terra* (1908-1909) y *Plus Ultra* (1921). En la mayor parte de los casos, eran colaboraciones encargadas y pagadas; mas podemos suponer que otras veces fueron involuntarias por parte de su autora, pues se tomaban de otras publicaciones (preferentemente españolas) y se reproducían sin su permiso. No parece que así fuera en este caso: aunque carecemos de documentación al respecto, cabe suponer que su firma en la revista de Cavestany, escritor bien conocido en España, lo fuese por encargo o contrato.

Por otra parte, como cada vez que aparece en la prensa periódica un texto no recogido por Pardo Bazán en ninguno de sus libros de cuentos, surge la pregunta del porqué de esa omisión: puede ser lo ocasional o particular de su primera aparición, que hace poco justificada una nueva salida, en circunstancias diferentes; su escasa calidad o interés, que lleva a la autora a preterirlo, o a utilizar su asunto, anécdota o personajes para otro cuento que sí coleccionará en libro; sin descartar el olvido involuntario, lógico cuando se escriben y publican tantos cuentos —más de 640— en medios periodísticos de ambos continentes.

No parece que ninguna de esas razones explique el olvido de “*Fatum*”, cuya calidad literaria e interés de la anécdota parecen fuera de toda duda: de hecho, me atrevo a asegurar que muchos de quienes lo lean ahora se

³ Reunidos en dos volúmenes por Sinovas Maté, 1999.

sorprenderán de que haya permanecido olvidado desde entonces. Si, como parece, el cuento solo se publicó en Argentina y no en España, acaso sea lo comprometido y actual —en 1912— de su asunto, lo que aconsejó a doña Emilia no recogerlo en el volumen que publicaría aquel mismo año, *Cuentos trágicos* (donde sí está “La pasarela”); además, su asunto tampoco correspondía a la temática, escenarios o personajes preferentemente gallegos, que predomina en el siguiente, *Cuentos de la tierra*, que probablemente dejó preparado y apareció póstumo en 1922.

Aunque esta nota solo pretende dar noticia y transcripción de “*Fatum*”, dejando para otra ocasión su más demorado comentario, apuntaré ahora los aspectos temáticos y argumentales que, a mi juicio, explicarían aquel “olvido”. Aspectos que tienen mucho que ver con las circunstancias históricas (de España) y biográficas (de Emilia Pardo Bazán) que enmarcan la ficción narrada, ya desde su frase inicial: “¡Qué a destiempo venía aquella guerra!”. Aunque en ningún momento del relato se especifica de qué guerra se trata, el lector de 1912 (más el español que el argentino, por cierto) podía interpretar, con ayuda de la alusión a “los rifeños” en el tercer párrafo, que estamos en 1911, cuando, a raíz del desembarco de Larache, en junio, aparecen las primeras noticias o rumores que anuncian la posibilidad de un nuevo levantamiento en el Rif.

El protagonista del relato, Rogelio Santamaría, es un comandante del ejército español cuyas “últimas campañas habíalas realizado como veinticinco años antes, y entonces ardía en impacencias bélicas, y salía gozoso a incorporarse a las fuerzas expedicionarias”, pero que ahora, con cincuenta años, “encontrábase remolón [...] y apachorrado en el calor familiar”. Un entorno que el narrador se detiene a precisar: el comandante, viudo, con un hijo, una hija casada “y una nietecilla, un encanto de criatura”, contrajo segundas nupcias con una mujer más joven, con lo que “fue en aumento la ventura doméstica de Santamaría, ya que, desmintiendo los tópicos más usuales, la segunda esposa “sirvió de madre a sus alnados; se encantó con la chiquilla, ídolo de la casa; hizo a todos la vida dulce como un plato de almíbar”; y —algo muy importante— “trajo el desahogo, con su fortuna personal, considerable”. La consecuencia de todo esto será determinante para comprender el sentido de la anécdota narrada: “Convencido Santamaría de que ningún cambio se había verificado en su espíritu, de que prefería a todo su profesión, lo cierto es que se aburguesaba sabrosamente”.

Situación que se ve amenazada por aquellos rumores: “No era todavía noticia oficial, pero, extraoficialmente se susurraba ya: el regimiento de

Santamaría estaba indicado para reforzar el ejército de operaciones”. Ante esa posibilidad, Rogelio siente “el encogimiento repentino de su corazón”; no por temor a las balas (“¿solo imaginarlo era absurdo!”), que ya tuvo ocasión de afrontar “en la oscura campaña contra los mambises [...] aquella guerra traidora, bajo el enervamiento del clima, la amenaza de las enfermedades, que no perdonan, y con la distancia enorme de la madre patria”, sino por algo mucho más próximo: “¿Qué iba a decir Coltilde, su Tilde?” Y con ella, todos los alicientes de la vida hogareña:

Aquel nido tan grato, aquel despacho con sus anchos sillones [...]; aquel comedor en que se servían, en tan fina loza, succulentos y sanos platos [...], y en que se reunía, alrededor de la mesa, la familia dichosa, en una intimidad de concordia y de unidad estrecha de intereses [...], las gracias de Bebé [...], todo, desde las espesas alfombras hasta las plantas naturales en sus maceteros, lustrosas y bien cuidadas infundía un sentimiento de seguridad.

En suma: el relato plantea la íntima contienda que se libra en el corazón del militar, dividido entre el cumplimiento del deber (un soldado ha de acudir a la guerra cuando se le convoca) y la cómoda vida hogareña, estimulada por los encantos de la joven esposa, el amor de los hijos y la nieta adorable. Una situación a la que la Condesa no es del todo ajena, porque a esas alturas de su biografía, la vida militar ha entrado a formar parte de su ámbito familiar.

En octubre de 1910, su hija Blanca, que contaba 31 años, se había casado con el “coronel de Húsares de Pavía José Cavalcanti Alburquerque y Padierna (1871-1937), que se había destacado al frente de la caballería del Regimiento de Cazadores «Alfonso XII» en las operaciones coloniales españolas en Marruecos. Se le conocía como «el héroe de Taxdirt»: una operación militar menor que, sin embargo, había levantado la moral del ejército tras el llamado «Desastre del Barranco del Lobo» en 1909. Se le concedió entonces, cuando luchó «virilmente» contra los rifeños al frente de tan solo veinte jinetes, la cruz laureada de San Fernando” (Burdiel, 2019: 558).

Pero, además de su yerno, también su hijo había intervenido en aquella campaña de África. La propia doña Emilia alude a ello en una de sus crónicas en *La Nación*, de Buenos Aires, el 30 de septiembre de 1909: “Veremos si la guerra, que me tiene sujeta en el retiro de mis Torres, aguardando el correo y las nuevas del hijo que allá está, termina pronto” (en Sinovas Maté, 1999: I, 312). Según Acosta (2007: 503), Jaime Quiroga

Pardo Bazán se había alistado como voluntario en el Regimiento de Húsares de la Princesa; y la misma biógrafa aduce una carta (sin fecha, pero que puede datarse en septiembre de 1909) en la que José Quiroga informa a sus hijas de que ha visitado a Jaime en Melilla (Acosta, 2007: 593). En otra carta (todavía inédita⁴) de doña Emilia a su amiga Carmen Miranda Pedrosa (fecha simplemente “hoy 6”, pero que muy probablemente sea de agosto de 1909, pues alude a la reciente visita del Príncipe Alberto I de Mónaco, quien pasó por A Coruña en los últimos días de julio) se refiere a “la preocupación de la marcha de Jaime, que ha sentado plaza y no tardará en ir a Melilla [...]. Ahora me tienes dudando si irme a Melilla yo también, o por lo menos, a Málaga. La idea de estar aguardando noticias desde tan lejos, es intolerable”.

Pues bien: Jaime Quiroga Pardo-Bazán volverá a alistarse como voluntario para la campaña del Rif en 1913. El dato nos importa aquí para conocer la postura de la autora respecto al compromiso de un militar ante la guerra. Así lo cuenta su primera biógrafa:

El 30 de junio de 1913, como se agrave el conflicto marroquí y el hijo vuelva a afiliarse como voluntario, la condesa suplica a su amigo Alejandro Barreiro [director de *La Voz de Galicia*] una reseña elogiosa para el valiente soldado:

“Mi buen amigo:

Si no encuentra usted que es algo de exigencia maternal le ruego que consagre una nota, como usted sabe consagrarlas, a la marcha de mi hijo Jaime a la guerra.

Como usted recordará, fue Jaime el primer voluntario de la guerra de 1909 [...]. Se portó, como también nadie ignora, y le hicieron de soldado raso, cabo, y luego teniente de la reserva gratuita.

Al ver que se volvía a batir el cobre,⁵ lo ha dejado todo otra vez, y allá se ha ido, destinado, a ruego suyo, a Tetuán, al regimiento de Vitoria, 28 de caballería, que acaba de figurar honrosamente en la acción de Laurien” (Bravo-Villasante, 1973: 280-281).

También cabría recordar aquí —aunque ello desbordaría los límites y objetivos de esta nota— las reflexiones de la escritora a propósito de la

⁴ Corresponde a una colección de 85 cartas, adquiridas por la Real Academia Galega en octubre de 2018, depositadas actualmente en su Archivo, y que he consultado con su permiso, que agradezco.

⁵ Nótese que en “*Fatum*” la escritora empleaba la misma expresión, para referirse a la actividad bélica: “*Allá se batía el cobre bien*”.

primera campaña del Rif (1909) en algunas de sus crónicas: así, las del 6 de diciembre de 1909 y 7 de febrero de 1910, en *La Ilustración Artística* (en Pardo Bazán, 2005: 404 y 409); o las del 30 de octubre de 1909 y 11 de noviembre de 1909, en *La Nación*, de Buenos Aires (en Sinovas Maté, 1999: I, 319 y 325).

Volviendo al cuento que nos ocupa, no procede adelantar ahora la decisión que toma Rogelio ante ese dilema, cuyas implicaciones morales de índole personal (“Allá dentro, se removía y despertaba algo que era protesta enérgica, viril resolución. No, no cometería la vileza”), afectan también a su esposa (“Mi honra es la tuya”) y a sus compañeros de armas. Tampoco desvelaré las consecuencias de esa decisión, pues ello constituye el desenlace —y la moraleja— del cuento. Pero sí importa (y con ello concluyo esta nota de presentación) apuntar, en relación con todo ello, alguna hipótesis que explique el olvido en el que hasta hoy ha permanecido “*Fatum*”.

Sabemos, con toda seguridad, que la autora no lo rescató en ninguna de las dos colecciones de cuentos que editó después de 1909 (la fecha más temprana posible de su redacción), o de 1912 (la de su publicación bonaerense): *Cuentos trágicos* y *Cuentos de la tierra*. Ni hay noticia —hasta ahora— de que también hubiese aparecido —antes o después— en las columnas de algún otro periódico o revista en España (ni en otro sitio)⁶. Se me ocurre que tal vez el grave asunto que la ficción planteaba —la inminencia de un nuevo e inevitable conflicto armado en el Rif—, con el comportamiento de un oficial del ejército español en tal coyuntura, le hubiese parecido a la Condesa demasiado comprometido, o palpitante (para emplear un adjetivo tan querido por ella), para su difusión en la sociedad española de 1912. Pese al ambicioso nombre de aquella cabecera, *La Semana Universal*, Buenos Aires quedaba lo suficientemente lejos del Rif, y de Madrid, como para que sus lectores se sintiesen afectados o implicados.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Eva (2007), *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla. Biografía*, Barcelona, Lumen.

⁶ Por ello no lo pude recoger en mi recopilación de *Cuentos dispersos* (Pardo Bazán, 2011).

- Bravo-Villasante, Carmen (1973), *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Magisterio Español.
- Burdiel, Isabel (2019), *Emilia Pardo Bazán*, Barcelona, Taurus.
- González Herrán, José Manuel (2010), “Once cuentos de Emilia Pardo Bazán, recuperados de la revista *Caras y Caretas* (Buenos Aires, 1909-1916)”, *Siglo diecinueve (Literatura Hispánica)*, 16, pp. 241-290.
- González Herrán, José Manuel (2013), “Colaboraciones de Emilia Pardo Bazán en la prensa periódica americana (1879-1921)”, en Adalberto Santana (coord.), *Setenta años de Cuadernos Americanos (1942-2012)*, México, UNAM-Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, pp. 135-148.
- Palazón Ferrer, Jesús (2000), “Inocencio Medina Vera se marcha a la Argentina”, en *Mi pueblecico, Rincón Cultural de la Villa de Archena*, número extraordinario VII; consultado en <https://es.scribd.com/document/56735467/Inocencio-Medina-Vera-Primer-Viaje-Argentina> [21-4-2020].
- Pardo Bazán, Emilia (s.a. [1912]), *Cuentos trágicos*, Madrid, Renacimiento.
- Pardo Bazán, Emilia (2005), *La Vida Contemporánea*, ed. Carlos Dorado, Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid.
- Pardo Bazán, Emilia (2011), *Obras Completas*, volúmenes XI y XII. *Cuentos dispersos I (1865-1910)*, *Cuentos dispersos II (1911-1921)*, ed. José Manuel González Herrán, Madrid, Biblioteca Castro.
- Pardo Bazán, Emilia (2014), *El vidrio roto. Cuentos para las Américas. Argentina*, ed. José Manuel González Herrán, Vigo, Editorial Galaxia.
- Rubio Jiménez, Jesús (2006), *Valle-Inclán, caricaturista moderno. Nueva lectura de “Luces de bohemia”*, Madrid, Fundamentos.

Sinovas Maté, Juliana, ed. (1999), *Emilia Pardo Bazán. La obra periodística completa en “La Nación” de Buenos Aires (1879-1921)*, A Coruña, Diputación.

Valle-Inclán, Ramón María (1970), *Luces de bohemia*, ed. Alonso Zamora Vicente, Madrid, Espasa Calpe.

Zamora Vicente, Alonso (1969), *La realidad esperpéntica (Aproximación a “Luces de bohemia”)*, Madrid, Gredos.

FATUM

¡Qué a destiempo venía aquella guerra!

Es decir... Todas las cosas vienen a destiempo para unos, a tiempo para otros... Para él, Rogelio Santamaría, Comandante y casado, segunda vez, y opulento, era inoportuna. Sus últimas campañas habíalas realizado como veinticinco años antes, y entonces ardía en impacencias bélicas, y salía gozoso a incorporarse a las fuerzas expedicionarias; pero *entonces* tenía una sangre fresca aún en sus arterias, eran sus miembros muy ágiles, vista excelente, su salud de acero. Ahora, a los cincuenta cumplidos, encontrábase remolón, un tanto reumático —¡maldita pierna derecha!—, asaz grueso, y apachorrado en el calor familiar. De su primer matrimonio tenía un hijo, una hija casada, y una nietecilla, un encanto de criatura, una muñeca fina de las que dicen papá y mamá y andan con pasitos torpes riendo y gorjeando, para que las sostengan y acaricien... Muerta su mujer, contraídas las segundas nupcias, fue en aumento la ventura doméstica de Santamaría. La madrastra sirvió de madre a sus alnados; se encantó con la chiquilla, ídolo de la casa; hizo a todos la vida dulce como un plato de almíbar, y trajo el desahogo, con su fortuna personal, considerable. Convencido Santamaría de que ningún cambio se había verificado en su espíritu, de que prefería a todo su profesión, lo cierto es que se emburguesaba sabrosamente. Y he aquí que surgía el deber; que la guerra venía a recordarle cómo el militar no tiene señorío sobre su cuerpo. No era todavía noticia oficial, pero, extraoficialmente se susurraba ya: el regimiento de Santamaría estaba indicado para reforzar el ejército de operaciones. Y ya se sabía lo que “operaciones” significase. ¡Allá se batía el cobre bien!

Lo grave, para Rogelio en el encogimiento repentino de su corazón, era su esposa. ¡Su esposa! La sola idea de enojarla, de enfurecerla quizás, quitaba los ánimos al Comandante. Como que —él se lo afirmaba a sí mismo— ese era su único temor. ¿Cuál otro había de ser? ¿Iba acaso a tener miedo de la balas? ¡Solo imaginarlo era absurdo! Él había cumplido como los hombres, haciendo cosas de esas que ahora los periódicos ensalzan, cuando otros las realizan. En la oscura campaña contra los mambises, más de un negrazo de Maceo pudiera dar noticias del arrojado tenientillo español; pero las daría en los infiernos, a donde se le despachó por la posta... No se achicará ante los rifeños quien sostuvo aquella guerra traidora, bajo el enervamiento del clima, la amenaza de las enfermedades, que no perdonan, y con la distancia enorme de la madre patria, separados de ella por las olas del inmenso mar... No: él, Santamaría, no tenía miedo, demontre. Pero ¿qué iba a decir Clotilde, su Tilde? Y las piernas reumáticas subían con fatigas de debilidad las escaleras alfombradas del cuco hotelito...

Era en su casa donde sentía el poder de Tilde. Aquel nido tan grato, aquel despacho con sus anchos sillones... en que nada despachaba el Comandante; aquel comedor en que se servían, en tan fina loza, suculentos y sanos platos, que

le abrigaban el estómago, y en que se reunía, alrededor de la mesa, la familia dichosa, en una intimidad de concordia y de unidad estrecha de intereses, sin acrimonias ni disputas; celebrando unánimes, babosos, las gracias de Bebé, cuando la traía la niñera a dar un beso a los “abelitos”; todo, desde las espesas alfombras hasta las plantas naturales en sus maceteros, lustrosas y bien cuidadas, infundía un sentimiento de seguridad, que le movía a decirse a sí mismo: “Aquí, y solo aquí, está la gran vida...”. Y la gran vida era la sumisión a la pródiga reina del hogar, que le entretejía la felicidad con una mezcla de cuidados materiales y satisfacciones vanidosas, ante los compañeros menos favorecidos por la suerte... Cuando iba al café, a reunirse con “los de su promoción”, y mientras las fichas del dominó rodaban con ruidito seco de huesos que se entrechocan, agradábale que se fijasen en su ropa flamante y de corte excelente, en el cochecito de tronco bayo que venía a recogerle... Hasta le era grato poder, de vez en cuando, hacer un favor con metálico, sacar de apuros a un antiguo compañero de armas. Y todo esto se lo debía a Tilde, siempre deseosa de realzar su decoro, de dejarle en buen lugar, de que nada faltase a él y a los suyos. Las palabras de su hija, de su yerno, le resonaban en la memoria: “Tilde es para nosotros una verdadera madre... Tilde merece que la quieras mucho, papá... Mira, mira qué trajecito tan precioso le ha regalado Tilde a Bebé...” ¿Como soltarle a Tilde...? Y no guardaba remedio...

Santamaría esperó la hora de las grandes confidencias, con la cabeza sobre la almohada y extinguida la luz, momentos antes de entregarse al descanso. “Mira, mujer, Tilde, sabes que se dice...”. Rápidamente, Clotilde, en un esguince de espanto, se volvió, encendiendo la lámpara eléctrica, velada por múltiples hilitos de cristal azul que caían en cascadas de la pantalla. “¿Eh? ¿Qué es eso? ¿A ver? ¡Si me lo daba el alma! Claro, podía ocurrir de un momento a otro”.

—No, Rogelio, no; eso no ocurrirá —decidió la señora, que se incorporó en la cama, echando los brazos al cuello a su marido. —¡Y todo, por no seguir los consejos de tu mujer, que siempre sabe mejor que tú lo que te conviene! Si te hubieses retirado, como te vengo diciendo hace años ya, casi desde que nos casamos! No tengo otro tema... Te consta...

Y, entre un halago más vehemente, añadió:

—Disgustos y disgustos. ¡En fin, estás a tiempo todavía! Antes que den la orden de salir para *allá*, mañana a primera hora, vas y arreglas el asunto de una vez. Te quedas libre con tu mujercita. ¡Vivimos luego tranquilos, sin angustias! Conque, mañana... Yo te despertaré temprano...

Callaba el Comandante. Allá dentro, se removía y despertaba algo que era protesta enérgica, viril resolución. No, no cometería la vileza. Saltó de la blanda cama, amplísima, con su edredón fofo, consejero de molicies y de sueños regalados, en que el cuerpo busca posturas más cómodas aún; calzó sus chinelas, se envolvió en el pijama, y tartamudeó, ya reblandecido:

—Tildita, tú me quieres bien; tú no quieres que yo haga un papel ridículo. Mi honra es la tuya, ¿no lo conoces? Yo no puedo pedir el retiro *ahora*, ¿no lo comprendes? Sería demasiado afrentoso.

—Debiste pedirlo antes.

—Bueno, eso ya no se hizo... Actualmente, ¿cómo quieres...?

—¡Bah! ¡Lo mismo que lo hacen otros, los que estén enfermos, achacosos como tú —respondió ella, que a su vez se había lanzado de la cama al suelo, mal rebujándose en el *saut de lit*.— ¿No conoces que ahora no es como antes? Una campaña acabaría contigo. Ya no hablemos de una desgracia horrorosa, que puede suceder; dejemos eso aparte, ¡y es dejar! ¡Solo imaginarlo! Pero, ¿tu salud? ¿Tu salud, Rogelio mío? ¡No; no puedes ir, no puedes! ¡Dejarme a mí! ¡A tus hijos! ¡A la Bebé! ¡Este es el pago que me tenías reservado, por mi cariño! ¿No me has jurado que no me darás nunca una pena grande?

Y de nuevo los brazos de la mujer se ciñeron al cuello del hombre, y una cara bañada en lágrimas, sofocada de emoción, se juntó a otra cara pálida y fría... La escena se prolongó aún minutos, pero el Comandante, resistiendo, se sentía vencido. “No se puede, no se puede...”

Al otro día, envió la solicitud... Por la tarde, medio loco, salió, diciendo que necesitaba hacer un poco de ejercicio. Lo mismo había sido enviar el pliego, realizar la determinación, que sentir como unas brasas en las venas, una inquietud semejante a la de los locos. El paso estaba dado; Tilde sonreía, tierna, mimosa, triunfante. Al verle tan sombrío, redoblaba sus finezas, sus gentilezas, como pidiendo perdón, en desbordamiento de gratitud. Y Santamaría, ceñudo, pasivo, metido en sí, respondía apenas, en truncadas frases, a las zalamerías honestas de la esposa satisfecha, solícita en preguntar, en adivinar antojos: “¿Te comerías una calandria en gelatina? ¿Quieres que te ponga en el caldo una cucharada de Liebig? Tenemos postre de Valevosky...”

Sin haber atravesado bocado apenas, se echó a la calle. Andaba a pasos rápidos, y sin saber por qué, tomaba una dirección y no otra. Se odiaba, se maldecía. No era posible; lo comprendía tarde, pero bien; aquello sí que no podía ser. ¿Si supiese deshacerlo?

Y fue en la esquina en que Alcalá se une con Recoletos, donde sufrió la impresión terrible... Cara a cara y pecho a pecho se tropezó con un hombre que iba aprisa, y que le miró un instante, con ojos fríos, como helados por una capa vítrea de desprecio profundo, torvo, abrumador... Al saludo de ordenanza que el Comandante hizo a su Coronel, respondió apenas un gesto, una indicación, y, rígidamente, se desvió el cuerpo, como rehuyendo toda otra relación, la frase amistosa que cruzaban al encontrarse por hábito de contertulios de peña y café militar...

¡Lo sabrá el Coronel...! Santamaría sintió una ola enorme de vergüenza, que le subía del corazón a las mejillas, y le congestionaba la cabeza, y le obligaba a tambalearse. Siguió andando, como un autómatas, sin ver, sin oír, sin pensar,

mascando en la boca unas hieles pegajosas y compactas. No se dio cuenta de que, dejando la acera, acababa de meterse entre un carromato de largo tiro de seis mulas y un magnífico auto, rojo, cuya bocina, desesperadamente, avisaba, mugía... No hubo medio de evitarlo. Fue cosa de un segundo.

Con el espinazo roto, aún agonizó dos días el Comandante. La desesperación de Tilde le era indiferente. Enmudecía. Y, a sus palabras de amor y dolor, solo contestó al fin una frase de amargura infinita, de fatalismo tristísimo...

—Ya lo ves, mujer... Muerte por muerte...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

REPRODUCCIÓN FACSIMILAR



FATUM

¿Qué á destiempo venía aquella guerra!
Es decir... Todas las cosas vienen á destiempo para unos, á tiempo para otros... Para él, Rogelio Santamaría, Comandante y casado, segunda vez, y opulento, era inoportuna. Sus últimas campañas habían sido realizadas como veinticinco años antes, y entonces ardía en impacencias bélicas, y salía gozoso á incorporarse á las fuerzas expedicionarias; pero entonces tenía una sangre fresca aún en sus arterias, eran sus miembros muy ágiles, vista excelente, su salud de acero. Ahora, á los cincuenta cumplidos, encontrábase remolón, un tanto reumático, — maldita pierna derecha! — asaz grueso, y apahorrado en el calor familiar. De su primer matrimonio tenía un hijo, una hija casada, y una nietecilla, un encanto de criatura, una muñeca fina de las que dicen papá y mamá y andan con pasitos torpes riendo y gorjeando, para que las sostengan y acaricien... Muerta su mujer, contraídas las segundas nupcias, fué en aumento la ventura doméstica de Santamaría. La madrastra sirvió de madre á sus ahnados; se encanató con la chiquilla, ídolo de la casa; hizo á todos la vida dulce como un plato de alubiar, y trajo el desahogo, con su fortuna personal, considerable. Convenido Santamaría de que ningún cambio se había verificado en su espíritu, de que prefería á todo su profesión, lo cierto era que se emburgesaba salbrosamente. Y he aquí que surgía el deber; que la guerra venía á recordarle como el militar no tiene señorío sobre su cuerpo. No era todavía noticia oficial pero, extraoficialmente se susurraba ya: el regimiento de Santamaría estaba indicado para reforzar el ejército de operaciones. Y se sabía lo que «operaciones» significase. *Allá* se batía el cobre bien!

Lo grave, para Rogelio en el encogimiento repentino de su corazón, era su esposa. ¡Su esposa! La sola idea de enojarla, de enfurecerla quizás, quitaba los ánimos al Comandante. Como que — él se afirmaba á sí mismo — ese, era su único temor. ¿Cuál otro había de ser? ¿Iba acaso á tener miedo á las balas? Sólo imaginario era absurdo! El había cumplido como los hombres, haciendo cosas de esas que ahora los periódicos ensalzan, cuando otros las realizan. En la oscura campaña contra los mambises, más de un negrazo de Maceo pudiera dar noticias del arrojado tenientillo español; pero las daría en los infiernos, á donde se le despachó por la posta... No se achicará ante los rifeños quien sostuvo aquella guerra traidora, bajo el empujamiento del clima, la amenaza de las enfermedades, que no perdonan, y con la distancia enorme de la madre patria, separados de ella por las olas del inmenso mar... No: él, Santamaría, no tenía miedo, demontre. Pero ¿qué iba á decir Clotilde, su Tilde? Y las piernas reumáticas subían con fatigas de debilidad las escaleras alfombradas del cuco hotelito...

Era en su casa donde sentía el poder de Tilde. Aquel nido tan grato, aquel despacho con sus anchos sillones... en que nada despachaba el Comandante; aquel comedor en que se servían, en tan fina loza, suculentos y sanos platos, que le abrigaban el estómago, y en que se reunía, alrededor de la mesa, la familia dichosa, en una intimidad de concordia y de unidad estrecha de intereses, sin acrimonias ni disputas; celebrando unánimes, babosos, las gracias de Bebé, cuando la traía la niñera á dar un beso á los «abellitos»; todo, desde las espesas alfombras hasta las plantas naturales en sus maceteros, lustrosas y bien cuidadas, infundía un sentimiento de seguridad, que le movía á decirse á sí mismo: «Aquí, y sólo aquí, está la gran vida...» Y la gran vida era la sumisión á la pródiga reina del hogar, que le entretreía la felicidad con una mezcla de cuidados materiales y satisfacciones vanidosas, ante los compañeros menos favorecidos por la suerte... Cuando iba al café, á reunirse con «los de su promoción», y mientras las fichas del dominó rodaban con ruido seco de huesos que se entrecocan, agradábase que se fijasen en su ropa flamante y de corte excelente, en el cochecho de tronco

bayo, que venía á recogerle... Hasta le era grato poder, de vez en cuando, hacer un favor con metálico, sacar de apuros á un antiguo compañero de armas. Y todo esto, se lo debía á Tilde, siempre deseosa de realizar su decoro, de dejarle en buen lugar, de que nada faltase á él y á los suyos. Las palabras de su hija, de su yerno, le resonaban en la memoria «Tilde es para nosotros una verdadera madre... Tilde merece que la quieras mucho, papá... Mira, mira qué trajeito tan precioso le ha regalado Tilde á Bebé...» ¿Cómo soltarle á Tilde...? Y no guardaba remedio...

Santamaría esperó la hora de las grandes confidencias, con la cabeza sobre la almohada y extinguida la luz, momentos antes de entregarse al descanso. «Mira, mujer, Tildita, sabes que se dice...» Rápidamente, Clotilde, en un esguince de espanto, se volvió, encendiendo la lámpara eléctrica, velada por múltiples hilos de cristal azul que caían en cascadas de la pantalla. «Eh? Qué es eso? A ver? ¡Si me lo daba el alma! Claro, podía ocurrir de un momento á otro...»

— No, Rogelio, no; eso no ocurrirá — decidió la señora, que se incorporó en la cama, echando los brazos al cuello á su marido. — Y todo, por no seguir los consejos de tu mujer, que siempre sabe mejor que tú lo que te conviene! Si te hubieses retirado, como te vengo diciendo hace años ya, casi desde que nos casamos! No tengo otro tema... Te consta...

Y, entre un halago más vehementemente, añadió:
— Disgustos y disgustos ¡En fin, estás á tiempo todavía! Antes que den la orden de salir para *allá*, mañana á primera hora, vés y arreglas el asunto de una vez. Te quedas libre con tu mujercita. Vivimos luego tranquilos, sin angustias! Conque, mañana... Yo te despertaré temprano...

Callaba el Comandante. Allá dentro, se removía y despertaba algo que era protesta enérgica, viril resolución.



No, no cometería la vileza. Saltó de la blanda cama, amplísima, con su edredón foto, consejero de molicias y de sueños regalados, en que el cuerpo busca posturas más cómodas aún; calzó sus chinelas, se envolvió en el pijama, y tartamudeó ya reblandecido:

— Tildita, tú me quieres bien; tú no quieres que yo haga un papel ridículo. Mi honra es la tuya, no lo concies? Yo no puedo pedir el retiro *ahora* ¿no lo comprendes? Sería demasiado afrentoso.

— Debiste pedirlo antes.

— Bueno, eso ya no se hizo... Actualmente ¿cómo quieres...?

— Bah ¡Lo mismo que lo hacen otros, los que están enfermos, achacosos como tú — respondió él que á su vez se había lanzado de la cama al suelo, mal rebujándose en el *sant de il*. — ¿No concies que ahora no es como antes? Una campaña acabaría contigo. Yo no hablemos de una desgracia horrorosa, que puede suceder; dejemos eso aparte. — y es dejar! ¡Solo imaginario! — Pero tu salud? ¡Tu salud, Rogelio mío? No; no puedes ir, no puedes! ¡Dejarme

¿ mí! ¡A tus hijos! ¡A la Bebé! Este es el pago que me tenías reservado, por mi cariño! ¿No me has jurado que no me darás nunca una pena grande?

Y de nuevo los brazos de la mujer se cayeron al cuello del hombre, y una cara bañada en lágrimas, sofocada de emoción, se juntó á otra cara pálida y fría... La escena se prolongó aún minutos, pero el Comandante, resistiendo, se sentía vencido. «No se puede, no se puede...»

Al otro día, envió la solicitud... Por la tarde, medio loco, salió, diciendo que necesitaba hacer un poco de ejercicio. Lo mismo había sido enviar el pliego, realizar la determinación, que sentir como unas brasas en las venas, una inquietud semejante á la de los locos. El paso estaba dado: Tilde sonrreía, tierna, mimosa, triunfante. Al verle tan sombrío, redobla sus finezas, sus gentilezas, como pidiendo perdón, en desbordamiento de gratitud. Y Santamaría, ceñudo, pasivo, metido en sí respondía apenas, en truncadas frases, á las zalamerías honestas de la esposa satisfecha. solicita en preguntar, en adivinar antojos. Te comerías una calandria, en gelatina? ¿Quiéres que te ponga en el caldo una cucharada de Liebig? Tenemos postre de Valevostky...»

Sin haber atravesado bocado apenas, se echó á la calle. Andaba á pasos rápidos, y, sin saber porqué tomaba una dirección y no otra. Se odiaba, se maldecía. No era posible; lo comprendía tarde, pero bien; aquello si que no podía ser. ¿Si cupiese deshacerlo?



Y fué en la esquina en que Alcalá se une con Recoletos, donde sufrió la impresión terrible... Cara á cara y pecho á pecho se tropezó con un hombre, que iba aprisa, y que le miró un instante, con ojos fríos, como helados por una capa vítrea de desprecio profundo, torvo, abrumador... Al saludo de ordenanza que el Comandante hizo á su Coronel, respondió apenas un gesto, una indicación, y, rígidamente se desvió el cuerpo, como rehuyendo toda otra relación, la frase amistosa que cruzaban al encontrarse, por hábito de contenciosos de Peña y café militar... ¡Lo sabrá el Coronel...! Santamaría sintió una ola enorme de vergüenza, que le subía del corazón á las mejillas, y le congestionaba la cabeza, y le obligaba á tambalearse. Siguió andando, como un autómata, sin ver, sin oír, sin pensar, mascando en la boca unas hieles pegajosas y compactas. No se dió cuenta de que dejando la acera, acababa de meterse entre un carronato de largo tiro de seis mulas y un magnífico auto, rojo, cuya bocina, desesperadamente, avisaba, mugía... No hubo medio de evitarlo. Fué cosa de un segundo.

Con el espinazo roto, aún agonizó dos días el Comandante. La desesperación de Tilde le era indiferente. Enmudecía. Y, á sus palabras de amor y dolor, solo contestó al fin una frase de amargura infinita, de fatalismo trágico...

— Ya lo ves, mujer... Muerte por muerte...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

Dibujos de J. Llasera.

EL ÚLTIMO INCENDIO



Incendio ocurrido en la calle Pasco entre San Juan y Cochabamba, que destruyó por completo la carpintería mecánica de que era propietario el señor Angel Brogginí y otras casas de la vecindad.